

### Desde el bronce: crónica del medio que se vive

He aquí algo interesante sobre el bronce: tiene mayor dureza que el cobre puro y además es resistente al desgaste y a la corrosión, lo cual viene siendo muy útil cuando eres una estatua que vive en una ciudad donde llueve alrededor de 223 días al año.

La verdad, no es tan malo como parece, llevo aquí muchos años y he visto muchas cosas. Pareciera que con cada vuelta al sol los edificios se hacen más altos, los chicos más jóvenes y la universidad más grande. Desde mi roca he visto llegar a los javerianos en su primera semana universitaria, siempre se ven emocionados, pero con algo de miedo, es un poco la misma mirada cuando años después los veo salir con diploma en mano y emoción en sus ojos. He visto a estudiantes entrar y salir de la Biblioteca agotados pero triunfantes, he visto el túnel inundarse y una venta constante y confiable de un buen tinto, o mango con sal y limón. He visto el espíritu de este lugar crecer y transformarse, un sentir al cuál es muy complejo darle nombre, pero incluso yo siendo de bronce, puedo sentirlo en todo mi ser, pues ha estado aquí desde mucho antes que yo llegara. Y con el paso de los años lo he observado atentamente, firme en mi pedestal, en la entrada de esta universidad que lleva mi nombre como bandera.

Y, sin embargo, lo que más he observado no está escrito en los planes de estudio ni se menciona en los discursos de grado. Es algo que flota en el ambiente, que cruza los muros sin pedir permiso. Unos le llaman el medio universitario, pero, francamente, los estudiantes siempre se refieren a este como “ser muy javerianos”. Otros se refieren a este como oficinas o estructuras; otras, lo reducen a actividades extracurriculares. Pero yo sé que es mucho más.

El medio no es un lugar ni una definición precisa. Es una manera de habitar esta universidad. Es la forma en que se acompaña al estudiante que duda, en que se honra al profesor que escucha, en que se anima al trabajador que construye. Es ese hilo invisible que hace que lo académico no se quede en lo técnico, sino que toque la mente, el cuerpo, el alma. Es el consejo oportuno, el deporte como escuela de vida, la música que consuela, la espiritualidad que ilumina sin imponer. Es también el silencio que permite oírse por dentro.

Nadie lo ha definido por completo, y quizás sea mejor así. Porque el medio no se encasilla, se vive. Se siente.

Y eso lo saben bien quienes a través de los años han pasado frente a mí, compartiendo su camino y sus historias. Es gracias a ellos que puedo ver cómo se vive esto que llaman medio, eso que en algún momento (cuando no era de bronce) soñé. Si pudiera, me bajaría de mi roca y caminaría con ellos. Pero como no puedo, los escucho. Y guardo.

Recuerdo bien en 2004, guitarra al hombro, un joven Sebastián llegaba aquí y desde entonces tejó con notas suaves un vínculo profundo con esta casa. Me habla con respeto de

su maestro de guitarra. Pero no como se recuerda a un profesor, sino como se evoca a un guía de vida: alguien que enseñó mucho más que acordes, alguien que le enseñó sobre la patria, la familia, el sentido profundo del arte.

Sebastián, veinte años después, sigue caminando por aquí y no disfraza su inquietud. Sabe que el país duele, que la democracia se agrieta, y que el medio universitario—ese espacio que se respira, pero no se define—puede ser un faro. En sus palabras, siento el peso de una pregunta: ¿lo que aquí vivimos puede sembrar una sociedad más justa? No tiene respuestas definitivas, pero quiere que las conversaciones se multipliquen, que lo que él ha sentido, otros también lo vivan. “Muy poco javeriano”, se dice cuando algo rompe la armonía de este lugar. Tal vez esa expresión sea ya una forma de medio.

Veronica llegó antes de yo estar aquí, pero aún así conozco la historia de ese día cualquiera, cuando tocó la puerta del Centro Pastoral. Me cuentan los árboles que ya estaban aquí que la vieron salir más liviana. Allí encontró la espiritualidad ignaciana, esa luz que no impone pero que revela. Fue un antes y un después, dice ella. No solo en su vida de estudiante, sino en su ser madre, mujer, humana.

Veronica es de las que se pregunta sin descanso. ¿Qué hace que esta universidad sea verdaderamente jesuita? ¿Cómo aseguramos que todos—estudiantes, docentes, administrativos—vivan el medio y no solo lo escuchen nombrar? Sabe que no hay una definición clara. “Hay atisbos”, confiesa. Pero insiste: el medio debe sentirse en cada rincón, ser parte del aire. Porque si no, ¿qué sentido tiene llamarnos javerianos?

Ana Isabela no egresó de aquí, y sin embargo fue recibida como una hija. Me conmovió ver cómo su fe, aprendida en casa, encontró aquí un cauce nuevo, más humano, más encarnado en los rostros que la rodeaban. Para ella, el medio es un deseo institucional, una apuesta de larga data. No es un lugar, ni un conjunto de normas. Es una experiencia que abraza, que hace que alguien como ella, al llegar, se sienta parte de algo mayor.

Desde la Vicerrectoría intenta entender cómo ese abrazo se hace tangible, cómo se traduce para quienes nunca han pisado alguno de los cinco centros. ¿Y qué hay de los profesores catedráticos, los contratistas, los vigilantes? ¿Ellos también lo sienten? Se pregunta con honestidad si quienes viven el medio no son más bien la excepción y no la regla. Pero no se rinde. Quiere aprender más sobre las muchas formas de ser que aquí convergen. Quiere escuchar, reconocer, comprender. Ella sabe que el medio se construye todos los días, en lo pequeño, cada mano y cada acción.

A Diana la he visto durante veintiocho años cruzar el campus con esa energía que nace de una convicción profunda: el medio no es solo su trabajo, es su forma de vivir. Veinticinco años los ha dedicado a sembrar humanidad en aulas, oficinas, canchas y pasillos. Su fe está puesta en el ser humano y en eso que llama “sangre javeriana”: esa conexión que no se ve pero que transforma.

Tiene historias con rectores y con estudiantes, con entrenadores y con personal de cafetería. Todos le han enseñado algo. El medio, para ella, es tan amplio que cada uno lo toma a su modo. Y si bien los tiempos han cambiado, es importante para ella reconocerlo. La pandemia dejó cicatrices. Pero Diana sigue creyendo. Cree en el poder de la cotidianidad, en la enseñanza que se da sin alzar la voz. Cree en dejar huella. Y yo, que la he visto tantas veces detenerse para saludar, muchas veces después de una victoria en voleibol, puedo asegurar que lo ha logrado.

Juan llegó con una idea del doctorado como un viaje solitario, silencioso. Pero aquí encontró otra cosa: redes, compañía, una forma distinta de vivir el conocimiento. Desde entonces, se pregunta cómo devolver al saber su lugar en la vida de las personas. Cómo hacer que el medio universitario no sea solo un soporte, sino un catalizador para pensar el mundo, para problematizarlo con ternura.

Lo suyo es la estética de lo incierto. Le gusta que el medio no se defina con exactitud. “Es una experiencia”, dice. Y como toda experiencia viva, se resiste a la palabra precisa. Le inquieta que siempre se hable desde las carencias. Propone hablar desde la creación, desde el gozo, desde lo que nos mueve por dentro. Como estatua, yo sé que tiene razón: algunos de los gestos más profundos que he presenciado han nacido de la alegría silenciosa de saberse acompañado.

He sido testigo de lluvias y aplausos, de marchas, de jornadas silenciosas, de vigiliias, de celebraciones. Pero, sobre todo, he visto cómo esta comunidad ha intentado, una y otra vez, hacer del medio, del sentir javeriano, algo vivo. No una definición, no un reglamento, sino un soplo que se cruza en la vida de quienes pasan por aquí y deja algo sembrado. A veces un gesto, a veces una decisión, a veces una manera distinta de mirar el mundo.

Como les decía al inicio, estoy hecho de bronce: más firme que el cobre, menos quebradizo que el hierro. Resisto el paso del tiempo, el desgaste, la intemperie. Y tal vez por eso entiendo al medio universitario. Porque también este se forja en la mezcla: de historias, de dudas, de vínculos. Porque también permanece cuando todo lo demás cambia.

El medio, como el bronce, no se oxida con facilidad. No desaparece. Se amolda sin romperse. Aguanta la presión del tiempo y de las preguntas. Y aunque nadie pueda definirlo por completo, quienes lo viven lo llevan consigo para siempre.

Y si algún día alguien que pase por aquí y divertido se detenga a preguntarle al “rey león” desde esta inmovilidad que es mi suerte, qué es lo más importante que he visto en la Javeriana, diré sin dudar: lo que no se ve. Lo que se siente. Lo que se queda.